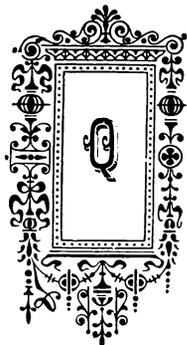


Jean Jacques Rousseau



UEDÁBAMOS en el último artículo, en que Rousseau el escritor, es inseparable de Rousseau el hombre, ya que su obra literaria y filosófica no es más que el eco, digámoslo así, de su carácter y de su vida.

Nacido en Génova en 1712 murió en Ermenonville en 1778. Su niñez fué seguida de una juventud de vagabundo. Desde el 1732, fecha de su

tercera convivencia con Madame de Warrens, hasta el 1741, si bien no dió fin, ni puso término a su vida de vagabundo, estaba reconcentrando sus fuerzas y educando su inteligencia con estudios, a los que se dedicó, con todo fervor.

Su madre había muerto al darle a luz, y su padre, relojero de oficio, llenó la cabeza del niño con las más absurdas ideas románticas, de las que se empapaban ambos con la lectura de romances heroicos, y con el repaso asiduo y continuado de las obras de Plutarco.

Desde muy niño dió muestras Rousseau de un grande sentimiento de amor a la naturaleza; amor que se desarrolló en él más y más durante su permanencia como jardinero del Pastor de Bossey.

Pasó después a servir a un notario, donde adquirió fama de tonto de capirote por su cortedad de ingenio; y como no le fuera muy bien con el servidor de la ley, púsose a trabajar con un grabador de relojes, hombre de cruel carácter, y bajo cuyo aprendizaje se desarrollaron en el joven Jacobo todos los vicios que nacen del miedo, que no son pocos, ni de pequeña importancia.

Diez y seis años contaba, cuando se escapó de la tutela y de los palos del fiero relojero, yendo a dar con sus tumbidos huesos en Annecy, donde fué recogido por Madame Warrens, joven y relamida damisela, convertida recientemente a la fe católica. Era la tal Warrens de carácter franco, bondadoso y alegre, pero tan destituida de principios morales como pudiera serlo cualquiera de los animales de los que se estudian en Historia Natural. (Dawden).

Fué enviado por la rica Warrens a Turín, Piamonte, para que continuase y ampliase sus estudios. Allí abjuró de su fe protestante, para hacerse católico, encontrando en el Abate Gaime un consejero y un amigo, que más adelante le sirvió como modelo para su Vicario de Savoya.

Algunas semanas de servicios domésticos de diversas clases fueron seguidas por un año en Annecy, durante el cual, el talento prodigioso de Rousseau tomó la dirección musical.

De los diez y ocho a los veinte llevó de nuevo vida de vagabundo en la que "hambriento o saciado, desesperado o alegre fué dichoso". Esto lo asegura él y habrá que creersele.

Vuelve a juntarse—arrimarse vendría mejor—a Madame Warrens en Chambéry en 1732; interésase grandemente por la música, por la física, la botánica y sobre todo y más que todo por el estudio de la literatura.

Metodiza su lectura y con apasionamiento se consagra a su propia educación literaria, científica y filosófica.

Las relaciones de Rousseau con su "bonne maman", Madame Warrens, se vieron turbadas y contrariadas—y perdónemos el lector que tratemos y escribamos de estas cosas—por el último de sus otros amores y amorios. Como puede suponer el lector por esta indicación, la vida privada de Rousseau no era ni mucho menos modelo de continencia. El mismo lo confiesa así, con un cinismo sin igual, en sus Confesiones. A nosotros no nos es permitido entrar en más detalles.

En 1741 encamínase a París, llevando en su valija de caminante un manuscrito sobre un nuevo método de notación musical, que ofreció a la "Académie des Scien-

ces", método que, después de detenido examen, fué declarado ni nuevo ni útil para los instrumentistas que era para quienes estaba escrito! ¡Se había lucido con su nuevo método! ¡Con el sociológico le sucedió otro tanto; tampoco es nuevo, ni sirve para nada, como no sea para estropear las ciencias políticas.

Agenciase para que lo hicieran secretario del Embajador francés en Venecia y después de catorce meses hubo de ser despedido de mala manera, gracias a su conducta desarreglada y a la frecuencia con que se entretenía en hacer de Romeo con fáciles Julietas.

Vuelto a París, Rousseau metiose a comediante y a músico; y dicho sea en honor de la verdad. Consiguió cierta fama como escritor de óperas y de comedias; las puertas de los "salons" se le abrieron y le vemos asociarse con perillanes como Diderot, Marmontel y Grimm.

Deseoso de arreglar su vida doméstica, se "pescó" una vulgar fregona, una iliterata menestrala, Therese La Vasseur, para que le hiciera compañía en sus soledades y para que le diera alientos en sus momentos de "desolación". Los frutos del concubinato fueron abandonados en el torno de un Hospicio. ¡Valiente pareja! ¡Y ese es el hombre que escribió libros, pretendiendo reformar la sociedad y acusando de inmorales a sus conciudadanos!

Hasta aquí, habrá observado el lector que Rousseau apenas si ha escrito nada. Unas cuantas comedias, que hoy a nadie preocupan y de las que nadie se acuerda. Alguna que otra ópera a la que le sucede lo mismo que a las comedias; y nada más.

Su vida ha sido un continuo vagabundear; un ir de acá para allá, hambriento y huido. Arrojado de todas partes. Asociándose con la "peor canalla". Y viviendo en todas partes, y desde que pudo llevar "calzones", amanecido, bien con la Warness, bien con la Therese Le Vasseur, o con cualquiera pelafustana. Su vida moral fué de lo más perverso que puede darse. Y su vida social no fué mejor.

¿Como, pues, podríamos esperar que sus libros fueran otra cosa de lo que son? Es una verdad demostrada por la experiencia de veinte siglos, que el mayor enemigo que ha tenido y tiene el Cristianismo es el corazón humano, al que no se ha querido controlar y someter al juicio de la razón. Cuando el corazón está muerto; cuando dentro del pecho no se lleva una viscera, sino una piedra o un trozo de carne corrompida por el vicio y la molición, entonces es casi imposible que no repelan y hieran las doctrinas cristianas. Y el proceso más expeditivo para libertarse de esa molestia es negarlas.

La irreligión y la incredulidad no son algo que esté en el cerebro. Están en el corazón.

Las vidas de los grandes enemigos de las doctrinas de Cristo, ponen bien de manifiesto, que desde Simón Mago hasta los últimos modernistas, sin hacer la exclusión de los mismos jansenistas, todos ellos han caminado por las vías de la inmoralidad; y que solo, cuando no han podido sofrenar sus pasiones, es cuando han declarado guerra a esas doctrinas. Y el final de todos ellos ha sido siempre, quizá sin ninguna excepción, EL CONCUBINATO. La Historia Eclesiástica, y más en particular la Historia de los Heterodoxos es un gran libro para estudiar la psicología de los heresiarcas, y de los motivos que determinaron su razón a la apostasía.

Rousseau no ha sido una excepción a esta regla. Escribió lo que escribió porque tenía que escribirlo. Y tenía que escribirlo porque su vida lo estaba demandando.

Cuando el corazón está corrupto y enfangado en un charcal, las emanaciones de esa charca tienen que obscurer el juicio. Y es lo que le sucedió a Rousseau.

FILADELFO.